

Juan Crisóstomo

MIÉRCOLES DE CENIZA

I

Brillante es la festividad de hoy, y más ilustre de lo acostumbrado la concurrencia. ¿Cuál será la razón? Esta es obra del ayuno, no hay

duda; del ayuno que aún no ha venido, pero es ya esperado. Porque él es el que nos ha traído a la casa de nuestro Padre celestial; él es el que aun a aquellos que antes de ahora eran más negligentes los ha devuelto hoy a las manos de su madre. Y si sólo esperando tanta diligencia nos ha infundido, cuando se deje ver presente, ¿qué efectos de virtud obrará en nosotros? No de otra suerte una ciudad, cuando va a entrar en ella un príncipe temible, desecha toda desidia y se pone más alerta. Pero no temáis oyendo que el ayuno es un príncipe temible; porque no es temible para nosotros, sino para los demonios. Si es uno lunático, ponle delante el rostro del ayuno, y permanecerá más inmóvil que las mismas piedras, aterrado por el miedo y comprimido como con cadenas, y mucho más si ve unida con él a su hermana y compañera la oración. Por eso dice Cristo: *Esta clase (de demonios) no sale sino por la oración y el ayuno* (Mt. 17, 21). Si, pues, en tanto grado ahuyenta a los enemigos de nuestra salvación, y en tanto grado es terrible a los adversarios de nuestra vida, amarlo y abrazarlo conviene, no temerlo; y si algo hay que temer, la embriaguez y la glotonería, es lo que hay que temer, no el ayuno. Porque aquella nos ata las manos a la espalda, y así encadenados y esclavizados, nos entrega como a una terrible señora a la tiranía de las pasiones; mas el ayuno, hallándonos esclavos y sujetos a cadenas, nos suelta las ataduras, nos libra de la tiranía y nos restituye a la primera libertad. Si, pues, hace la guerra a nuestros enemigos, y nos libra de la esclavitud, y nos restituye a la libertad, ¿qué mayor argumento quieres de su amistad con nuestra naturaleza? Porque no parece haber mayor muestra de amistad que el amar o aborrecer a los mismos a quienes nosotros amamos o aborrecemos.

II

¿Quieres saber cuánto honra a los hombres el ayuno, cuánto los defiende y asegura? Contempla el feliz y admirable estado de los monjes. Ellos, después de huir del tráfago del mundo, y correr hasta las mismas cumbres de los montes, y establecer allí sus chozas en el reposo de la soledad como en un puerto tranquilo, escogieron el ayuno por asiduo compañero y amigo de la vida; así es que los transformó de hombres en ángeles; y no sólo a ellos, sino también a cuantos halla en medio de las ciudades que se abrazan con él, los eleva a la misma altura de virtud. Así es que Moisés y Elías, baluartes de los

profetas del Antiguo Testamento, por más que por otras virtudes eran grandes e ilustres, y tenían mucha confianza con Dios, cuando querían llegar a él y hablarle (en cuanto es posible a un hombre), acudían al ayuno, y este, como de la mano los presentaba ante Dios. Por esto también Dios, cuando al principio formó al hombre, en seguida le puso en las manos del ayuno como en las de una madre cariñosa y excelente maestro, encomendándole su salvación. Pues aquel precepto *De todo árbol del paraíso comeréis, mas no comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal* (Gen. 2, 16-17), semejanza es del ayuno. Y si en el paraíso fue necesario el ayuno, mucho más fuera del paraíso; si antes de la herida era necesario el remedio, mucho más después de la herida; si cuando aún no se había levantado la guerra de las pasiones nos era conveniente esta arma, mucho más necesario será el refuerzo del ayuno después de tan grave guerra de las pasiones y del demonio. Si hubiera oído Adán esta voz, hubiera oído aquella otra: *Tierras eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19); pero porque no hizo caso de esta voz, por eso le sobrevinieron la muerte, y los cuidados, y los trabajos, y las angustias, y una vida llena de tedio y amargura.

III

¿Has visto cómo Dios se aíra cuando ve afrentado el ayuno? Aprende ahora cómo se alegra cuando le ve honrado. Porque así como cuando fue afrentado el ayuno dio en castigo la muerte al autor de la afrenta, así también cuando fue honrado el ayuno revocó la muerte. Pues queriendo mostrarte cuán grande fuerza tiene el ayuno, le dio poder para que después de la sentencia, después de la desviación al camino de la muerte, nos pudiera arrancar de él y encaminarnos de nuevo a la vida; y esto lo cumplió no con dos, ni tres, ni veinte hombres, sino con un pueblo entero, con la grande y admirable ciudad de Nínive; pues estando ella con las rodillas en tierra, inclinada la cabeza sobre el borde del abismo, y a punto de recibir el golpe que le venía del cielo, la arrancó como con una fuerza superior de las mismas puertas de la muerte, y la restituyó al camino de la vida. Pero, si os parece, oigamos la misma historia:

Y vino, dice la Escritura, la palabra de Dios a Jonás, diciendo: Levántate y camina a Nínive, la ciudad grande (Jon. 1, 12). Quiere mover al profeta ya desde ahora con la grandeza de la ciudad, previendo su fuga futura. Pero oigamos también su predicación: *Tres*

días faltan aún, y Nínive será destruida (Jon. 3, 4). Y ¿por qué causa anuncias de antemano los males que has de causar? Para no hacer lo que anuncio. Por esto amenazó también con el infierno; para no llevarnos al infierno. Llenaos de terror, dice, con las predicaciones, para que no sufráis angustiados su cumplimiento. Y ¿por qué causa estrechó el plazo a tan reducido tiempo? Para que aprendas la virtud de aquellos bárbaros (de los ninivitas digo) que pudieron en tres días deshacer tan grave ira contra sus pecados; para que te admires de la benignidad de Dios, que después de tantos pecados se contentó con el arrepentimiento de tres días; para que, en fin, no caigas tú en desesperación por innumerables que sean tus pecados. Porque así como el perezoso que no hace caso de su alma, por más tiempo que tenga para el arrepentimiento, nada de grande es capaz de hacer, ni, por su desidia, se reconciliará con Dios; así, por el contrario, el ánimo despierto y ferviente en sus resoluciones, que con grande empeño muestra su arrepentimiento, logrará en breve espacio de tiempo anular todos sus pecados. ¿No negó hasta por tercera vez San Pedro? ¿No fue la tercera negación con juramento? ¿No fue todo por el temor de una despreciable criada? ¿Y qué? ¿Tuvo necesidad de muchos años para la penitencia? De ninguna manera; sino que en una misma noche cayó derribado y se levantó, recibió la herida y la medicina, cayó enfermo y recobró la salud. ¿cómo y por qué medio? Llorando y doliéndose; mejor dicho, no llorando como quiera, sino con mucho afecto y sentimiento; y por eso no dijo el Evangelista sencillamente: *Lloró*, sino *Lloró amargamente* (Mt. 26, 75). Y ¿cuál era la fuerza de aquellas lágrimas? No hay palabras que lo expliquen, pero bien claro lo demuestra el suceso. Porque después de aquella terrible caída (puesto que no hay mal tan grave como la negación), después, digo, de tan grave mal, le restituyó de nuevo el antiguo honor, y puso en sus manos el principado de la Iglesia universal y, lo que excede a todos, nos lo puso delante como al Apóstol que más que todos los otros amaba a su Señor. *Pedro*, le dice, *¿me amas más que estos* (Jn. 21, 15)? Y para la virtud no puede haber medida más exacta que el amor. Pues para que no dijeras que con razón perdonó a los ninivitas como a bárbaros insensatos, pues *el siervo*, dice la Escritura, *que no sabe la voluntad de su Señor y no la cumple, será poco azotado* (Lc. 12, 48); para que tal no dijeras, te puso delante el ejemplo de San Pedro, siervo que conocía como el que más la voluntad de su Señor. Y con todo, mira cómo también este después del pecado, y gravísimo pecado, subió a

tan grande altura de confianza con Cristo. No desconfíes, pues, tampoco tú, cuando hubieras caído en los pecados; porque lo más terrible del pecado es el permanecer en el pecado; y lo peor de la caída es permanecer en la caída. Esto es por lo que también S. Pablo lamenta y gime, esto es lo que dice que es digno de llanto. *No sea, dice, que cuando vaya a vosotros me humille Dios, y llore a muchos, no simplemente "que pecaron", sino que no hicieron penitencia de su liviandad, impureza y fornicación que cometieron* (2 Cor. 12, 21). Y para la penitencia, ¿qué tiempo puede haber más a propósito que el ayuno?

IV

Pero volvamos a la historia: *Después que oyó estas palabras el profeta, bajó a Jope, para huir a Tarsis del rostro del Señor* (Jonás, I, 3). ¿Adónde huyes? ¿no has oído a otro profeta que dice: *¿Adónde iré de tu espíritu, y adónde huiré de tu rostro* (Sal. 128, 7)? *¿A la tierra? Pero es del Señor la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). *¿Al infierno? Aunque baje al infierno, dice, allí estás presente. ¿Al cielo? Aunque suba al cielo, allí, dice, me asirá tu diestra* (Ib. 5, 10). Esto sucedió también con Jonás, pero tal es la condición del pecado, causar en el alma mucha insensatez. Porque así como los que son víctimas del dolor de cabeza o de la embriaguez andan sin sentido y al acaso, aunque tengan debajo un abismo, un precipicio, un peligro cualquiera, y vienen a caer en él desprevenidos; así también, los que resbalan en el pecado, víctimas del deseo de la mala obra y como embriagados por él, no saben lo que hacen; nada ven de lo presente, nada de lo venidero. Dime: ¿huyes del Señor? Pues aguarda un poco, y aprenderás por experiencia que no podrás huir ni siquiera de las manos de su esclava la mar. En efecto; lo mismo fue subir él a la nave, que encrespar la mar sus olas y elevarlas á grande altura; y así como una sierva fiel, al dar un un consiervo fugitivo que ha robado algo de los bienes de su señor, no cesa de poner mil dificultades á los que le han recibido, hasta que por fin logara reducirle; así también el mar, viendo y conociendo a su consiervo, pone a los marineros innumerables dificultades, turbándose, bramando, no llevándole a los tribunales, pero si amenazando que hundirá la nave juntamente con los mismos marinos, si no le entregan a su consiervo. ¿Y qué hacen los marinos en tal situación? *Arrojaron, dice la Escritura, todas las mercancías al mar, pero la nave no se aligeraba* (Jonás, I, 5); es que todavía permanecía dentro todo el peso, el cuerpo del profeta, carga pesada, no por la

naturaleza, sino por por el peso del pecado; porque no hay cosa tan grave y tan difícil de soportar, como el pecado y la desobediencia. Por eso Zacarías (Zac. 5, 7) lo comparó con el plomo y David, describiendo su naturaleza, decía: *Mis injusticias sobrepujaron mi cabeza y, como grave peso, se agravaron sobre mi* (Sal. 27, 5). Y Cristo clamaba a los que viven en muchos pecados: *Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré* (Mt. 11, 28). El pecado fue, pues, el que también entonces agravó la nave y amenazaba sumergirla; *mas Jonás dormía en profundo sueño*. Profundo sueño, mas no de contento, sino de tristeza, no de pereza, sino de tedio. Porque los siervos buenos pronto conocen su yerros, como a él le sucedió. Y así, después de cometer el pecado, conoció lo grave del pecado, pues condición suya es, que después de dado a luz completamente, entonces causa dolores de parto al alma que lo dio a luz, al revés de la ley que se guarda en nuestra generación. Porque nosotros, apenas somos dados a luz, cesamos de causar dolor; el pecado, apenas ha sido dado a luz, atormenta con dolores las almas de quienes lo produjeron.

¿Y que hizo el piloto? *Se fue a él, y le dice así: Levántate e invoca al Señor tu Dios* (Jon. 1, 6). Conoció ya por experiencia que no era acostumbrada aquella tempestad, sino que aquel golpe venía de Dios y aquel oleaje no podía ser contrarrestado por el arte de los hombres: nada valían allí las manos del piloto; porque en aquel suceso hacia falta otro piloto superior que gobierna todo el mundo, y había necesidad de socorro del cielo. Por eso, aquellos marinos, dejando los remos, y las velas, y las maromas y todo lo demás, libres las manos del ejercicio de remar, las extendieron al cielo y permanecieron invocando a Dios. Mas cuando ni aun de este modo consiguieron nada, *echaron suertes*, dice la Escritura (Ib. 7), y la suerte puso al reo a disposición de los marineros. Mas ellos, aun así, no le cogieron y lanzaron al mar, sino que en medio de tanta turbación y agitación, establecieron un tribunal en la nave, como si gozaran de gran tranquilidad, y le concedieron hablar y defenderse, y empezaron a examinarle con gran cuidado, como si hubieran de dar a algunos cuenta de lo que votasen. Oye cómo todo lo examinan como en un tribunal. *¿En que te ocupas tu? y ¿de dónde vienes? y ¿adónde vas? y ¿de qué región, y de qué pueble eres?* Y eso que ya le acusó el mar con sus bramidos, y le arguyó y dio testimonio contra él la suerte; pero con todo, a pesar de los bramidos del mar y del testimonio, de la suerte contra él, todavía

no le sentencian, sino que así como en un tribunal, aunque estén presentes los acusadores, y salgan los testigos y se traigan argumentos, no dan la sentencia los jueces hasta que el mismo reo quede convicto de su culpa, así también estos marineros, con ser hombres bárbaros y rudos, imitaron el buen orden de los tribunales, a pesar de ser tan grande el temor, tan grande el oleaje, tan grande la turbación que se apoderó de ellos, pues el mar ni siquiera respirar les permitía; tanto se revolvió y agitaba furioso, dando bramidos y excitando continuas oleadas. ¿De dónde procedió, pues, amados hijos, que se tuviera tanta cuenta del profeta? De la providencia de Dios. Porque Dios disponía que esto sucediera, enseñando así al profeta a ser benigno y blando, como si le diera voces y dijera: “Imita a los marineros: a pesar de ser bárbaros y rudos, ellos ni a un alma tienen en poco, y no dejan de perdonar a un solo cuerpo, que es el tuyo; mas tú, cuanto está de tu parte, has dejado perderse una ciudad entera, que contiene tantos y tantos miles de la almas. Los marinos después de hallada la causa de lo que les sucedía, todavía no se han lanzado a dar sentencia de condenación contra ti; mas tú, no teniendo de qué acusar a los ninivitas, los has sumergido en la perdición. Tú, además, con mandarte yo que fueses a ellos y los redujeses al camino de la salvación por medio de la penitencia, no me has obedecido; estos, con no haber oído a nadie, todo lo hacen y revuelven por librarte a ti, culpable, del castigo merecido”.

Y era así, que después de haberle acusado el mar, después de haberle denunciado la suerte, después de haberse descubierto él mismo y confesado su fuga, no se resolvieron todavía a la perdición del profeta, antes resistían, se hacían violencia, nada dejaban de hacer para no entregarle, a pesar de tan claras señales, a merced de la furia del mar. Pero el mar no por eso cejaba, o mejor dicho, no lo permitía Dios, que quería hacer avisado al profeta, no menos por medio de la ballena, que por medio de los marineros: pues cuando oyeron aquellas palabras: *Cogedme y arrojadme al mar, y cesará la furia del mar contra vosotros* (Jon. 1, 21), hacían esfuerzos por volver a tierra, pero las olas no se lo permitían.

Mas tú, así como has visto al profeta huyendo, óyele ahora confesando a Dios en lo profundo del mar desde el vientre de la ballena; que si incurrió en lo primero como hombre, hizo lo segundo como profeta. Habiéndole, pues, recibido el mar, encerróle como en una cárcel en el vientre de la ballena, guardando incólume para el Señor al

siervo fugitivo, y ni le ahogaron al apoderarse de él las olas furiosas, ni la ballena, más furiosa que las olas, le corrompió después de recibirle en su vientre, sino que le conservó incólume y le volvió a la ciudad, de modo que tanto la mar como la ballena obedecieron contra su naturaleza, para que con todo esto quedara el profeta aleccionado. Llegado a la ciudad, leyó, como un edicto real, la sentencia que contenía el castigo, y clamaba diciendo: *aún restan tres días y Nínive será destruida* (Jon. 3, 4). Lo oyeron los ninivitas, no fueron incrédulos, no despreciaron el aviso; antes al punto todos se acogieron al ayuno, hombres, mujeres, esclavos, señores, amos, súbditos, niños, ancianos; ni la naturaleza de los irracionales se vio libre de este sagrado tributo; doquiera saco y ceniza, doquiera gemidos, doquiera llanto y dolor. Pues aun el mismo que ceñía diadema, bajando del trono real, vistióse de saco, cubrióse de ceniza y, de este modo, libró a la ciudad del peligro: y era de ver un espectáculo bien extraño; que el saco vencía en gloria y honor a la púrpura. Porque lo que no pudo la púrpura, lo obtuvo el saco; lo que acabó la diadema, lo llevó a término la ceniza. ¿Ves cómo no en vano decía que conviene temer, no el ayuno, sino la embriaguez y glotonería? Puesto que la embriaguez y glotonería conmovió y amenazó arruinar la ciudad que estaba bien afianzada, mas el ayuno la afianzó cuando estaba conmovida y amenazando ruina.

V

Por el ayuno también Daniel, después de haber entrado al lago de los leones, salió de él lo mismo que si hubiera estado en compañía de mansas ovejas. Porque los leones, a pesar de arder en ira y mirarle con sangrientos ojos, no se llegaban a la presa que tenían delante, sino que, aun excitados por la misma naturaleza (pues ninguna es más feroz que la de estas fieras) y por el hambre (pues no probaron alimento en siete días), respetaron al profeta, no de otra suerte que si tuvieran dentro a un domador que a gritos les prohibiera tocar sus entrañas. Por el ayuno también los tres jóvenes que entraron en el horno de Babilonia, y por mucho tiempo se familiarizaron con el fuego, salieron del horno con los cuerpos más resplandecientes que las mismas llamas. Ahora bien; si aquel fuego era verdadero fuego, ¿cómo no hacía el oficio de fuego? Si aquellos cuerpos eran cuerpos, ¿cómo en ellos no sucedía lo que en los cuerpos sucede? ¿Cómo? Pregúntaselo al ayuno, y él te responderá, y te soltará este enigma:

porque era, verdaderamente, un enigma; pues luchando la naturaleza de los cuerpos con la naturaleza del fuego, los cuerpos eran los que triunfaban. ¿No ves aquí una lucha bien admirable? ¿No ves una victoria más admirable aún? Admírate del ayuno, recíbele con los brazos abiertos; porque si en el horno defiende, y custodia en el lago de los leones, y arroja a los demonios, y destruye la maldición de Dios, y reprime el furor de las pasiones, y nos restituye a la libertad, y causa mucha tranquilidad en nuestros pensamientos, ¿cómo no ha de ser rematada locura huir con espanto de quien trae en sus manos tantos bienes? Porque nos causa, decís, debilidad en el cuerpo? Pero *cuanto más se consume nuestro hombre exterior, tanto más se renueva el interior de día en día* (2 Cor. 4, 16). Mas lejos de esto, si lo examinas con diligencia, verás que el ayuno es madre del bienestar corporal. Y si desconfías de mis palabras, pregúntaselo a los médicos, y ellos te responderán más claro, pues llaman a la abstinencia madre de la salud, y dicen que los males de gota y dolores de cabeza, y apoplejías, y humores corrompidos, hidropesías, e inflamaciones, cual corrompidas corrientes, que al mismo tiempo estragan la salud del cuerpo y la virtud del alma, brotan, com de fuente corrompidísima, de las delicias y glotonería.

VI

No temamos, por consiguiente, el ayuno, que de tantos males nos libra. No os lo digo sin más ni más, sino que, como veo a muchos hombres que muestran repugnancia y dificultad, como si se hubieran de poner en manos de una mujer intratable, y se entregan perdidamente este día a la embriaguez y gula, por eso os exhorto a que no destruyáis de antemano el fruto que ha de producir el ayuno. Porque los que han cobrado hastío de los manjares, cuando tienen que beber una medicina amarga, si se han llenado de manjares y recibe así la medicina, sienten, sí, la amargura, pero no alcanzan el fruto, porque hacen que sea más difícil la lucha de la medicina contra la malicia de los humores corrompidos. Por esto los médicos mandan a los tales que se acuesten sin comer, para poder aplicar desde un principio a los humores nocivos toda la fuerza de los medicamentos. Lo mismo sucede en el ayuno; si te embriagas hoy cuanto puedas y has de recibir mañana la medicina del ayuno, inútil y neciamente obras, y sufrido el trabajo, no te aprovechas del fruto de la medicina, que emplea toda su fuerza en luchar con el daño producido por la reciente embriaguez;

mas si tienes el cuerpo ligero y recibes con ánimo vigilante la medicina, podrás purificarte de muchos de tus antiguos pecados. No vayamos, pues, por medio de la embriaguez al ayuno, ni tampoco del ayuno volvamos a la embriaguez; pues sería lo mismo que si a un cuerpo convaleciente, y que se va ya a levantar, le diera uno de puntapiés y le hiciera caer más gravemente. Esto sucede también con nuestra alma, cuando por entrambos lados, antes y después del ayuno, ofuscamos con las nieblas de la embriaguez la claridad y despejo del ayuno. Porque así como los que van a luchar con las fieras rodean los miembros más expuestos de armas y defensa, y entonces se lanzan a la lucha, así también ahora hay muchos que, como si el ayuno fuese una fiera con quien van a luchar, se arman con la glotonería y, ahitos de manjares y llena el alma de oscuridad, reciben con muchísimo desprecio el ayuno de suave y apacible rostro. Y si te pregunto “¿por qué vas al baño?” me responderás: “Para recibir el ayuno con cuerpo limpio”. Y si te pregunto “¿por qué te embriagas?” responderás de nuevo: “Porque voy a entrar en el ayuno”. Y ¿no es la mayor consecuencia recibir esta hermosísima fiesta con el cuerpo limpio pero con el alma sucia y embriagada?

VII

Más pudiera todavía deciros, pero para los sensatos esto basta en orden a corregirse; por eso es necesario terminar el discurso, pues deseo oír la voz de vuestro padre . Porque nosotros, como los pastores, tocamos con delgada flauta puestos juntos al altar, como sentados a la sombra de una encina o haya; mas él, así como un excelente músico, pulsando una cítara de oro, con la armonía de los sonidos arrebatada a todo el teatro; así, no con la armonía de los sonidos, sino con la de sus palabras y obras, nos proporciona grandísima utilidad. Tales son los maestros que busca Cristo. *Porque el que hiciere, dice, y enseñare, éste se llamará grande en el reino de los cielos* (Mt. 5, 19). Tal es este nuestro padre; por sus oraciones y las de todos los prelados, nos hagamos dignos del reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.